

## Notas para un discurso

*Yo soñaba en clasificar  
el Bien y el Mal, como los sabios  
clasifican las mariposas:  
Yo soñaba en clavar el Bien y el Mal  
en el oscuro terciopelo  
de una vitrina de cristal...  
Debajo de la mariposa  
blanca, un letrero que dijera: "EL BIEN".  
Debajo de la mariposa  
negra, un letrero que dijera: "EL MAL".  
Pero la mariposa blanca  
no era el bien, ni la mariposa negra  
era el mal... ¡Y entre mis dos mariposas,  
volaban verdes, áureas, infinitas,  
todas las mariposas de la tierra!...*

Dulce María Loynaz

### I

Bajo un sol vertical, a unos cuantos kilómetros del río Nechí, mientras arrancaba yucas de una tierra ensortijada por la guerra, Jony pensaba todo el día en la poesía. Tiempo atrás había descubierto que escribir versos era para él la única forma de librarse de la belleza de la naturaleza, una belleza que le dolía como si niños tiraran piedras a su casa. Le dolían los árboles y las montañas, los ríos y los mares, las flores y las mariposas. Le dolía no poder ser fruto, no poder volar o, simplemente, no poder entrar al silencio del mundo vegetal. Para sobreponerse, de tanto en tanto, escribía poemas como el que sigue:

*En lo adentrado del monte  
en la boca-toma  
el fruto de los jobos, una ciruela agridulce,  
cubre las piedras  
su voluptuoso olor llena el aire  
su color entre amarillo y bermellón  
deleita la vista  
caen con violencia en el agua  
asustando a los peces  
que después de un momento  
regresan a comer de ellos*

*aquí, en lo adentrado del monte  
los jobsos se pudren  
de nada sirve su hermosura  
frente al paso del tiempo.*

Su mejor hora del día era aquella de cada domingo en la que se transmitía por la radio “En defensa de la palabra”, un programa dirigido por Gustavo Zuluaga, más conocido como El Hamaquero, en el que se hablaba de literatura de una manera torrencial y apasionada. Jony se sentaba a escuchar el programa como si se tratara de una misa en su nombre, salvo porque en casi todas las emisiones se dejaba vencer por la vanidad de intervenir telefónicamente en el programa con algún comentario o leyendo alguno de sus poemas. Así fue escalando una complicidad entre el oyente y el locutor. Pero el ritual se vio truncado a principios del 2014 cuando los directivos de la Emisora Cultural Universidad de Antioquia decidieron suspender el programa. Fue entonces cuando Jony, encolerizado, se vino para Medellín y se apareció en “Este lugar de la noche”, el bar-librería-centro cultural propiedad del Hamaquero, únicamente para que este le viera la cara de indignación y le dijera en esa misma cara por qué lo dejaba abandonado.

Regresó a su casa campesina a continuar con sus labores de agricultor abatido por la certidumbre de que no había nada que hacer para salvar el programa, pero con el tesoro de haber cambiado la complicidad literaria con El Hamaquero por una amistad, amistad que siguieron alimentando por teléfono hasta que a Jony se le hizo insoportable la vida que llevaba: “estamos a cuarenta grados y aumentando, mientras la poesía hierve en mi cabeza”, imagino que le dijo a su amigo ciudadano. Entonces este le respondió algo así como: “pues vengase para acá que algo hacemos para que usted pueda escribir”. Y eso hizo.

Viajó a la ciudad, como diría mi abuelita, “con una mano adelante y otra atrás”, nada más. El Hamaquero lo acomodó con uno de sus amigos, le dio unas horas de trabajo en “Este lugar de la noche” y lo alentó a que se presentara a la Universidad de Antioquia. Después de cuatro intentos, le aconsejó que se presentara a Bibliotecología, una carrera “fácil de pasar puesto que casi nadie se presenta. Y en la que, mal que bien, podrás estar cerca de los libros”.

Jony pasó. En adelante su vida se dividió entre mesiar en “Este lugar de la noche”, vender libros en los bajos de la Facultad de Educación, participar en festivales de poesía como autor, asistir a clases en la Universidad y escribir nuevos poemas. Además de eso, entró en contacto con muchas personas con las que pudo hablar ampliamente de poesía y literatura y también con las que se pudo quejar por las penurias que debía pasar para costear las condiciones materiales de su existencia.

Como estudiante era de pocas palabras, pero contundente. El profesor Jaime Bornacelly me contó que una vez, durante una de sus clases, decidió abordar el tema de la sesión mediante un debate y que Jony, casi sin hablar, fue dejando a sus compañeros sin argumentos. Resultó ganador absoluto del debate.

A pesar de que todos veían que Jony se estaba enfrentando a esta ciudad con la misma ferocidad con la que arrancaba yucas y resistía el descarnado sol de su tierra, el 30 de abril de este año el poeta de Nechí, como habían empezado a llamarlo, decidió terminar con su vida. Subió a Santa Elena y se colgó de un árbol. Pocos días atrás había escrito y presentado en tres recitales un poema premonitorio que tituló "Tonada de despedida":

*Toma mi mano que voy de salida.  
Con esta mano te estoy diciendo adiós  
con esta mano que tiene un dedo de silencio  
De retorno al árbol voy  
a colgar de sus ramas igual que fruto inútil  
en busca de caer a sus raíces para hacerme savia  
ascender por su tronco hasta ser hoja, sombra para el bosque.  
Pon tu caricia sobre este hueso  
que pronto será humo, ausencia, nada,  
ah, lo ignoras, pero hablas con un fantasma  
casi es madera la mano que tocas.  
Me estoy yendo  
he encontrado un atajo al silencio  
con pie desnudo doy ya los primeros pasos  
tiemblo, tengo miedo, nada sé del silencio  
como un niño hacia los brazos de la madre.  
Te digo adiós con lo que aún queda de mí  
así, se caen a pedazos los árboles  
te veo desde el recuerdo y  
mi voz es la voz del que se ha ido.  
Si ahora pusieras tu mano en mi pecho o tu pecho en mi mano  
mano y pecho, cuánta tierra tendrían que salvar  
pecho y mano, extraviarían los caminos  
¡qué arduo es volver del silencio!  
Toma el recuerdo de mi mano  
estoy lejos ahora, te veo como quien cruza un río y olvida  
voy subiendo entre los árboles  
mi lengua aprende el lenguaje de la hoja.*

## II

En Colombia menos de la mitad de la mitad de la población tiene la posibilidad de acceder a la educación superior. Basta decir que, para personas que se encuentran en edad de iniciar sus estudios superiores, es decir, entre los 17 y los 21 años, la cobertura del país ronda el 45%. En otras palabras, si todos los jóvenes que salen del bachillerato quisieran y pudieran ingresar a alguna institución universitaria, no lo podrían hacer, simplemente porque no habría la capacidad suficiente. Para ajustar, de cada dos estudiantes que logran entrar a la universidad se gradúa uno, es decir, el 50% de estudiantes se queda en el camino. Algunos se quedan porque no pueden costear su permanencia o porque deben ayudar económicamente en la casa, otros porque la educación básica no los preparó para enfrentar la exigencia académica de la universidad o porque simplemente la rigidez de ésta no se ajusta a sus modos particulares de aprender, otros más porque no se adaptan a sus compañeros o porque su sentido de la realidad va por otro lado. Sin mencionar la guerra de mil cabezas que nos explota a todos cada día en cualquier parte y que le ha quitado muchos militantes a la educación. O sin mencionar los que, como Jony, enfrentan todas las situaciones mencionadas a la vez.

Todo esto permite entender por qué se considera una verdadera proeza graduarse como profesional en este país. Permite entender, también, por qué se arma una gran fiesta cuando uno de los miembros de la familia logra completar sus estudios universitarios. Nos regalan ropa, nos preparan cenas suntuosas y nosotros mismos programamos fiestas desmedidas: “borracheras de tres días” o “parrandas de proporciones barriales” como la que nos está prometiéndolo Sebastián hace dos semanas. Y, ¿cómo no celebrar si pasamos a ser parte de la élite llamada “mano de obra calificada”? Ya no nos conformaremos con menos de dos salarios mínimos.

## III

Nunca había visto al profesor Didier tan enojado. En sus conferencias e intervenciones públicas suele ser mordaz, pero siempre con una calma ancestral. Sin embargo, el día que nos reunimos estudiantes y profesores para conversar sobre la muerte de Jony, estaba descompuesto, no cabía en su enojo por la rabia que le produjo confirmar que “esta sociedad ha hecho del suicidio una opción válida”. Quienes lo conocemos de cerca sabemos lo mucho que le duele perder a un estudiante. A tal punto que todos quienes han pasado por su aula están registrados en su memoria, con nombre y personalidad. Su oficina, más que un espacio para resolver problemas académicos, es un lugar en el que se encuentra orientación espiritual. Él prefiere dirigir sus esfuerzos a ayudarnos a llenar de sentido nuestras vidas, antes que a llenar de conceptos nuestros cuadernos. Él, como los buenos maestros, no se desgasta impartiendo lecciones, prefiere revelar belleza. Una vez,

cuando le comenté que a veces me asfixiaba la universidad porque lo único que yo quería era dedicarme a escribir, me respondió que no me afanara, que pensara bien si sí tenía algo por decir.

No obstante, para nuestra fortuna, revelar belleza no es una preocupación exclusiva del profesor Didier. En la Escuela Interamericana de Bibliotecología contamos con otros maestros cuyo oficio consiste en vestir de fiesta la profesión. Quiero mencionar un caso, no porque ella esté aquí con nosotros, sino porque para mí fue determinante en mi formación. Beatriz Cadavid, con su risa levantamueertos, me enseñó a sentir fascinación por los procesos de análisis de la información y, especialmente, por los sistemas de clasificación de la misma. Me enseñó a ver que estos últimos son una aventura de la imaginación, que el conocimiento no tiene ningún orden establecido, que hace falta inventarlo y que ese es nuestro trabajo. Me gusta pensar que si Jony la hubiera conocido hubiera encontrado el sistema de clasificación para ordenar sus angustias y, a lo mejor, no hubiera tenido que lanzarse con ellas hacia la nada.

También está el caso de las profesoras María Cristina Betancur y Carolina Ramírez Chica. Ambas me enseñaron a ver la belleza de la Archivística. Con ellas aprendí que esta disciplina es una columna fundamental para la garantía de los derechos humanos, además de ser indispensable para hacer de la memoria un cuerpo vivo entre nosotros. Conceptos enredados como el “principio de procedencia” o el “principio de orden original” de los documentos nos pidieron que los representáramos tomando una foto que no podía hacer alusión a ninguna imagen asociada con la Archivística. Después de mucho pensar, le tomé una foto a la sala de mi casa. Con este ejercicio me mostraron el secreto para ver el oficio de la Archivística como un oficio creativo, idea que terminaron de desarrollar cuando nos pidieron que escribiéramos una carta a un destinatario imaginario contándole lo que habíamos aprendido durante todo el curso. Yo opté por dirigirle la carta a alguien que, sentía yo, necesitaba más que nadie de los poderes curativos de la Archivística:

Medellín, 06 de junio 2017

Señor: José Arcadio Segundo Buendía  
Sobreviviente

Reciba mi solidario saludo.

Además del hecho de que un pequeño grupo de militares haya disparado sin criterio contra el multitudinario grupo de obreros de la compañía bananera que llevaba meses protestando por sus derechos laborales, lo que más me

impresiona de su caso es la facilidad con la que fue borrada de la memoria de los habitantes de Macondo esa masacre descomunal. Pero, por algún extraño misterio que no hace falta comprender, usted, uno más de los líderes sindicales que acompañó a la muchedumbre que se concentró al frente de la estación del ferrocarril, sobrevivió y ahora es el único documento que queda de esa tarde en la que los obreros dejaron de existir una vez más.

[...]

Después de matar a todos los testigos, se las arreglaron para que no quedara ningún registro documental. Vales de pago, recibos, tarjetas de entrada, planillas laborales y todo registro por el estilo fue borrado sin dejar rastro. Los gringos sabían que la evidencialidad de estos podía delatarlos. De hecho, los gringos, conscientes de que llevar un control riguroso sobre los documentos que producía la compañía era reconocer que los obreros tenían derechos, se negaron a tener un archivo confiable con sistemas de clasificación adecuados, con procesos de descripción minuciosos y procesos de valoración que tuvieran en cuenta la importancia histórica para la Nación de los documentos que producían. Asimismo, nunca quisieron que los obreros tuvieran acceso a los documentos. Sabían que darles acceso era empezar a democratizar la compañía. Así que la masacre empezó desde mucho antes. Ustedes los obreros no existían desde hacía mucho tiempo.

#### IV

Me di cuenta que era un bibliotecólogo el día que empecé a ordenar mi ropa por colores, por tipo de prenda y otra serie de atributos hasta que mi armario fue poseído por un complejo sistema de clasificación. Seguramente ustedes, colegas, tendrán el armario igual que el mío. Y seguro ustedes, familiares de mis colegas, habrán sufrido las consecuencias de desordenar el armario de ellos. Claro, es probable que haya excepciones. Lo que quiero señalar es que tanto la Bibliotecología como la Archivística nos incorporan algo así como un modo de pensar, un modo que construye estructuras y hace relaciones para organizar todo tipo de entes abstractos y tangibles, de modo que se nos hacen más cercanos, más manejables, más amigables. Me atrevo a decir que este es el tesoro que nos queda de nuestra formación.

Sin embargo, me gustaría advertir que tanto la Bibliotecología como la Archivística, como cualquier otra disciplina nacida en el seno de la ciencia moderna, pueden convertirse en cómplices inconscientes de los que, según Boaventura de Sousa Santos, son los principales males de la sociedad contemporánea: el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado. En otras palabras, pueden, al igual que todas las

disciplinas, estar al servicio de la concentración de la riqueza en unos pocos, el dominio de unas naciones sobre otras y la perpetuación de una manera particular de ser (la manera patriarcal). Entre otras cosas, tanto la Bibliotecología como la Archivística pueden ser perros fieles al servicio del *copyright*, endiosadoras abnegadas del canon del pensamiento Occidental, silenciadoras de la lucha en la que se encuentran los movimientos feministas y LGTBI para abrir las maneras de ser, subordinadas de la administración empresarial, obstáculos para la circulación de los saberes locales y muchas otras cosas igual de graves.

Si no queremos seguir viviendo en una sociedad en donde sea tan difícil el florecimiento de la vida, es nuestro deber, como nuevos profesionales, salir a reinventar nuestras disciplinas para que se conviertan en instrumentos, no al servicio del capitalismo, el colonialismo y el patriarcado, sino de la justicia, la libertad y la cooperación.

## V

Nuestra educación fue posible gracias al esfuerzo de centenares de personas. Por un lado están aquellas personas cercanas que no son otra cosa que ángeles supremos. Pero, por el otro, el trabajo de todos los ciudadanos anónimos que pagan impuestos o contribuyen de otras maneras para que la Universidad funcione. No podemos olvidar nunca que somos de una universidad pública y que sería injusto que los dones que recibimos no fueran recibidos por muchas otras personas más en los mismos o en mejores términos que en los que nos fueron entregados a nosotros.

## VI

Un tío mío, muy querido por cierto, que también es bibliotecólogo y lleva muchos años ejerciendo, cada que tiene la oportunidad, dice que si volviera a nacer mil veces, mil veces elegiría ser bibliotecólogo. Yo deseo que a ustedes esta profesión les procure la misma gratificación que a mi tío.

Por último, quiero decir que me moría de ganas por aprovechar este estrado para despacharme en agradecimientos personales. Para decirle a todos los que me han ayudado a estar aquí sus verdades en la cara: cuánto los quiero y cuánto les agradezco, pero ya tendré la vida para que se enteren y lo sientan.

¡Muchas gracias!

Santiago Velásquez Yepes  
27 de julio del 2017